

María Jesús Cava Mesa

EL estudio de la arquitectura del siglo XIX, es probablemente uno de los capítulos más jóvenes de la historia del arte español, y como sostiene Pedro Navascués Palacio, ha debido de romper inicialmente una serie de prejuicios graves. Se torna algo suspicaz cuando cataloga y caracteriza, pero contiene –sin duda– facetas apasionantes que requieren de análisis interdisciplinar innegable.

El aspecto que nos interesa en este nuevo artículo se refiere al denominado estilo neo-morisco, que tanto predicamento tuvo en la ornamentación y diseño decorativo de interiores a finales del siglo XIX. Bilbao fue un entorno favorable a este tipo de arte decorativo, como podemos confirmar en esa suerte de museo interior que aún se conserva en distintos espacios públicos y privados.

La fórmula de reconstrucción ampulosamente cercana a una estética que recordase la tradicional de inspiración musulmana fue abundante. Un “revival” inspirado en los arcos de la mezquita de Córdoba, en los patios granadinos de la Alhambra y tantos otros elementos arquitectónicos heredados de tiempos inmemoriales. El estilo estuvo de moda a finales del XIX y principios del siglo XX, y recibió también la denominación de neo-mudéjar. Fue bien aceptado en Bilbao, en La Habana y hasta en Praga... Es decir en multitud de ciudades donde hubo alguna suerte de vínculos con tradiciones orientales, o por puro capricho arquitectónico.

El salón de La Cava, el Salón árabe del Ayuntamiento, y el café Iruña

Los arcos poli-lobulados entrelazados, semejantes a los del Salón Dorado del Palacio de la Aljafería de Zaragoza y de la Mezquita de Córdoba fueron referentes de muchas experiencias en fachada e interiores. Pero además de lo materializado en obra, se percibe, o así queremos interpretarlo, una noción que hace aflorar el encantamiento de lo imaginado, cuando no de lo soñado, y en el que subyace gracias a este tipo decorativo lo simbólico y lo percibido, evocándose en una recreación evocadora y exótica.

Las claves de esta peculiar estética arquitectural subrayan tonalidades clásicas e inventadas, excesos áureos y motivos que son un talismán diferenciador frente a lo convencional de las estancias que la burguesía quería disfrutar. Todo ello en un intento de distinguirse deambulando por lo peculiar de algo reinventado.

La percepción de un mundo de raíz hispánica transforma las curvas y líneas de sus paredes en laberintos de misterioso significado

Los cristales artísticos del Salón principal del Ayuntamiento se ejecutaron siguiendo los dibujos de lacería morisca

decorativo. Se encierra así la atmósfera de la estancia privada (salones de elegantes palacetes o de salones), y también la estancia pública (recintos oficiales, cafés, patios de estaciones ferroviarias, plazas de toros, edificios termales, etc.) en legendarios remedos de

aquellas antiquísimas herencias musulmanas, entretejidas de resonancias culturales diversas. Y caminan, de este modo, también, de la mano de otros cánones estéticos como el *art nouveau* y modernismos diversos que dejaban constancia de su empuje en estos años a

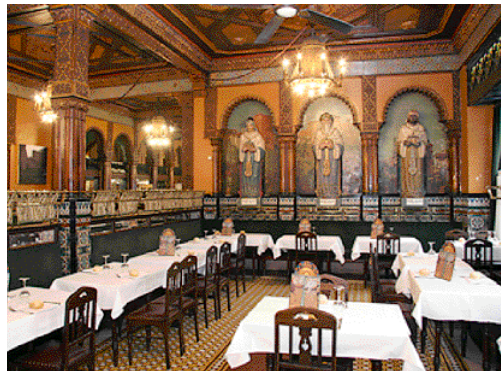
El neo-morisco o neo-mudéjar en Bilbao



El Salón Árabe del Consistorio bilbaíno es un claro ejemplo del estilo neo-mudéjar

tuado frente a los populares Jardines de Albia, inaugurado el 7 de julio de 1903 por el gran promotor navarro Severo Unzué Donamaria destaca, entre varias originalidades, la calidad de sus azulejos y la no menos singular decoración de inspiración mudéjar, con techos policromados y una abundante colección de pinturas murales.

Divulga la historia oficial de este conocido café bilbaíno que “una vez terminado el edificio o cuando estaba para concluir, en 1889, comenzaron las obras de ornamentación y decoración, amueblamiento, etc”. Pero en esta oportunidad fue el artista decorador José Soler, de Deusto, quien pintó el Salón Árabe, a base de imitaciones de mármoles, maderas y de marfil, así como las 96 columnas. En el Iruña bilbaíno se colocó un zócalo de azulejos finos de estilo musulmán, asimismo, procedentes de la Fábrica de porcelana de



El Café Iruña de Bilbao fue inaugurado en 1903



Detalle del ribete del techo realizado por José Sevillano para los Ybarra

Bilbao fue un entorno favorable a este tipo de arte decorativo, que estuvo de moda a finales del XIX y principios del XX

construyeron y hoy sobreviven en la avenida de las Universidades, uno para la familia Vilallonga-Ybarra, y otro para sus padres, la casa de la Beata conserva afortunadamente todavía elementos originales de gran interés. Rafaela de Ybarra contrajo nupcias a la temprana edad de dieciocho años con José Vilallonga y Gipulú, nacido en Figueras, de familia emprendedora y relación industrial con los Ybarra. Ingeniero, persona bondadosa, demostró talento hasta para mantener aquella relación sumamente especial con su esposa. En 1869 se trasladaron a vivir a la finca de Deusto sita en el paraje conocido como “La Cava”. Los dos únicos palacetes que aún se conservan en ese tránsito fluvial son hoy lugar de memoria de muchos acontecimientos históricos, pero uno y esencial, el de la vida y obra de la Beata. Allí sienten los efectos de la última guerra carlista (1872-1876). Se habían padecido ya dos sitios, y este tercer para Bilbao no fue menos trágico. Como decimos, aquellos inmuebles de lugar conocido en el entorno de Deusto fueron ocupados por los palacetes de ambas familias (1869), residencia de Gabriel María de Ybarra, y de su hija Rafaela y de su yerno José Vilallonga. Entre los constructores de ambas casas estuvo el mencionado pintor artesano José Sevillano, quien quiso dejar constancia histórica de su protagonismo firmando en el ribete que jalona el techo decorado con toda suerte de formas neo-mudéjar, con un explícito referente de su nombre y apellido, la fecha de construcción y un elocuente lema: “Ybarra mandó hacer”.

En el caso de el Café Iruña si-

la Cartuja, de Sevilla, y de la reconocida fábrica sevillana Pickman y Cía.

Respecto del Ayuntamiento de la Villa, del que se dispone considerable información, sabido es que el popular y arquetípico salón árabe, constituye una pieza central de notable interés. La historia del edificio ha sido objeto de análisis en las páginas de este periódico *BILBAO* en varias ocasiones, digamos por ello simplemente que los vestíbulos y galerías, salones y despachos fueron pintados al óleo por diversos pintores y decoradores de Bilbao, tales como Luis Quintana, Juan de Landaburu, Francisco Dapouza, etc. La gran cristalería de colores del techo de la escalera, de 6,70 por 2,20 metros, con el escudo de Bilbao y dibujos grabados en ella, fue obra de Amadeo Deprít, de Bilbao. También fueron de su ejecución los cristales artísticos del Salón Principal, siguiendo los dibujos de lacería morisca, ejecutados por el arquitecto Rucoba, director de las obras de esta Casa Consistorial.

Como muchas otras piezas, este Salón Árabe del Ayuntamiento bilbaíno fue reflejo de una moda generalizada. En su mayor parte algunos salones fueron derrribados. Quizás los excesos decorativos terminaron por generar un cierto rechazo, pero los que subsisten son hoy una muestra histórica interesantísima que enlaza con un cierto romanticismo empujado en recrear el arte de resonancia medieval que tanto gustaba a comienzos del siglo pasado. Entre estos salones, destacan el de la condesa de Lebríja en Sevilla, los de los ayuntamientos de Utrera y Bilbao, y el salón marroquí del Museo del Ejército de Madrid.